

MOS Y NOSOTROS

En 1961 escribió el P. Pedro Pablo Barnola en las páginas de esta revista un artículo analítico y entrañable sobre Casas Muertas (235, Mayo 1961, 218-20). Cuando Quiero Llorar no Lloro fue reseñada en SIC desde dentro y por eso de un modo exigente (334, Abril 1971, 176-77). Precisamente la película que con ese título realizara Mauricio Wallerstein fue la primera del nuevo cine venezolano que recogió nuestra revista y, como no podía ser menos, la enjuició en contejo con la novela (353, Marzo 1973, 130). La Piedra que Era Cristo fue estudiada por SIC desde el entusiasmo (470, dic. 1984, 447-51). Aunque interesada y cercana, no es mucha la referencia escrita que dedicamos a MOS. Quizás tuviera que ver un poco en ello cierta reticencia ante el boom periodístico que comprensiblemente acompañó todos sus movimientos.

Sin embargo tenemos que decir que para los que hoy componemos el Centro Gumilla durante nuestro bachillerato MOS era ya un clásico. Si durante nuestra primera juventud Doña Bárbara era el libro de la venezolanidad, Casas Muertas se nos hizo mucho más cercana por el corte individualizado de sus personajes y por ese aire de idealismo cordial que emergía en medio de la dureza asfixiante de la dictadura. Además para nosotros tenía el aliciente adicional de una figura sacerdotal limpia y comprometida que nos estimulaba.

Las novelas y poesías de MOS fueron acompañando nuestro crecimiento. Pero en esa primera época la escisión era total entre el hombre de letras que gustábamos sin reticencias y la persona que, desde la posición en la que nos encontramos ubicados, era un izquierdista millonario, algo así como la oveja negra de la familia. Al finalizar la década de los 60 nuestra posición cambió y sin embargo la distancia se mantuvo. Desde un fervor revolucionario un tanto voluntarista rechazábamos la contradicción entre sus ideas y su posición social. En esta época nos pareció que MOS era tal vez el escritor venezolano mejor dotado, pero que esa falta de radicalidad en su compromiso lastraba su literatura hasta casi castrarla. Llegamos a sospechar que compraba la estima de los intelectuales de izquierda a base de favores.

Sin embargo poco a poco, sin renunciar a nuestras metas, fuimos acostumbrándonos a valorar lo que cada quien da sin tener que compararlo en cada caso con lo que uno piensa que pudiera haber dado. Entonces pudimos comprender que MOS en medio de su contradicción (de la que tampoco nosotros acabamos de salir) arriesgó bastante, dejó de ganar mucho y aportó a raudales. Y aportó de un modo incansable y generoso.

Unos años después MOS percibe la propuesta del Centro Gumilla y mira con simpatía lo que tal vez captó inicialmente como aventura juvenil de unos curitas, pero luego cada vez más como apuesta lúcida brotada de unas raíces específicamente cristianas. MOS poseía una cultura cristiana mayor que la habitual en nuestro medio y podía comprender esa virtualidad del cristianismo. Cada vez más procuró que, a través de entrevistas y otros cauces, la propuesta de Medellín y Puebla, que con muchos otros intentamos venezolanizar, fuera lanzada a los lectores a través de su periódico.

A través de nuestras indagaciones sobre la historia política de nuestro país también nosotros nos acercamos a él y pudimos experimentar su acogida cálida, su vivacidad, la puntilliosidad en precisar los acontecimientos y ese sentido del humor que interpretamos como un modo de salud y humildad.

En este contexto nos llenó de emoción y consuelo su visita a lo Nicodemo (aunque por la mañana). En medio de nuestro asombro nos planteó lo siguiente: "Tal vez no me queden más de tres años de vida lúcida y productiva. Los quisiera dedicar a la figura de Jesús. No sé si seré capaz de escribir una novela. De todos los modos me sentiré pagado con lo que aprenda". MOS nos dijo que con eso trataba de pagar una vieja deuda. En sucesivas conversaciones expuso sus núcleos de interés, tomó abundantes notas, recibió y leyó numerosa y exigente bibliografía. Pero sobre todo se fue apegando a los evangelios sinópticos. Lo vi con tanto interés que tuve la inmensa satisfacción de regalarle mi propia Biblia. Poco a poco fueron llegando los capítulos. MOS insistía en algo que no dejará de sorprender a muchos: quería que su libro fuera ortodoxo (Por eso nos alegramos de que el ponderado Padre Willwohl escribiera que su libro podría recibir el Imprimi Potest). A través de esas entrevistas, más todavía que en los agradables encuentros anteriores, aprendimos a respetarlo y quererlo. Por eso cuando casi póstumamente recibimos la hermosa edición ilustrada con la dedicatoria "de su amigo Miguel Otero Silva" sentimos la verdad de esta palabra sagrada y por eso nos dolemos de haberlo perdido. Muchos han escrito lo que nuestro amigo significó para el país. Nosotros hemos querido dejar constancia de lo mucho que vale para nosotros.

Nos mudamos...

Vea la nueva dirección en la contraportada

